

y concluyó disponiendo que se recogiesen todos los papeles concernientes á este asunto y se enviasen al real Consejo de las Indias, á fin de que este cuerpo confirmara su fallo ó determinara lo que creyera mas acertado.

Por el mismo tiempo en que se dictaba en México esta resolución, García de Paredes habia terminado ya la construcción de la piragua de que hemos hablado, y embarcándose en ella con treinta soldados para buscar el origen del rio, que le habia detenido en su tránsito. No tardó en encontrarle en tres ojos de agua, que solo distaban ocho leguas del punto de su embarque, y habiendo dado cuenta al gobernador de este descubrimiento, continuó la apertura del camino á la banda opuesta. Pero muy pronto tuvo necesidad de suspender sus trabajos, porque sobrevinieron las lluvias y porque se le enfermaron muchos trabajadores, á causa de los pantanos que abundan en aquella region. Entónces hizo construir un reducto á diez y seis leguas solamente de la laguna de Itzá, escogió cuarenta de sus mejores soldados, y habiéndolos dejado allí con seis piezas de artillería y con las armas, municiones y víveres necesarios para aguantarse por seis meses, se despidió de ellos diciéndoles que en diciembre próximo estaria de vuelta con el mismo D. Martin de Urzúa para llegar definitivamente hasta el Peten. En seguida emprendió su retirada con el resto de la gente, no hasta Zuctok, como el año anterior, sino hasta la misma villa de Campeche, porque sentia su salud muy quebrantada.

## CAPITULO X.

1696-1697

Vuelve á encargarse del gobierno de la provincia D. Roque de Soberanis y Centeno.—Ordenes que recibe de la corte.—D. Martin de Urzúa se pone al frente de la expedicion que marcha al Peten.—Acampa á la orilla de la laguna.—Provocaciones de los indios.—Personas importantes que visitan el real y noticias que dan sobre el Itzá.—Se termina la construcción de la galeota y los expedicionarios se embarcan en ella.—Combates con los naturales.—Cae en poder de Urzúa la isla principal.—Canek y todos sus habitantes se refugian á la tierra firme.—Medidas que se adoptan para hacerlos volver á sus hogares.

D. Roque de Soberanis y Centeno determinó por fin volver á la península y se presentó en Mérida hácia el mes de julio ó agosto de 1696. D. Martin de Urzúa le entregó inmediatamente el gobierno (1) y se retiró á Campeche, donde creyó que podia encontrar recursos para hacer sus últimos preparativos. Dejó su poder al conde de Miraflores para todo lo

(1) Pretende el Dr. Lara que Soberanis tomó segunda vez posesion del gobierno de la península el 13 de febrero de 1697. Evidentemente incurrió en una equivocacion, porque aunque Villagutierre no cita con precision las fechas, los sucesos de la conquista del Peten que se refieren en este capitulo, dan á comprender que aquella toma de posesion solo pudo tener lugar en la época que se cita en el texto.



que tuviera necesidad de gestionar en la capital de la colonia; pero este caballero tropezó desde luego con la mala voluntad que el nuevo gobernador tenía á su antecesor. Se había declarado entre ámbos personajes una rivalidad, de que Villagutierre echa la culpa al demonio, y Soberanis luego que se vió en posesion del gobierno, comenzó á levantar informaciones contra Urzúa para desvirtuar el mérito de su empresa. Las elevó en seguida á la audiencia de México y volvió á pedir en virtud de ellas que se le confiase el mando de la expedicion, como gobernador que era de Yucatan. D. Martin de Urzúa tuvo conocimiento de esta solicitud, y habiendo levantado tambien en Campeche informaciones favorables á su causa, las remitió al apoderado que tenía en la capital de la Nueva España. Estas gestiones, que llegaron á hacerse públicas, no impidieron al conde de Miraflores el seguir importunando al gobernador para que facilitase á su rival los auxilios de que necesitaba. Pero D. Roque, que tenía la esperanza de ganar su pleito en la audiencia, se excusaba diciendo que no daría nada, mientras Urzúa no saliese de la península, bajo el pretexto de que los amigos que tenía en ella, ponían toda clase de obstáculos á su administracion.

No es fácil calcular hasta donde habria llegado este antagonismo, cuyas influencias se hacian sentir en el seno mismo de la real audiencia, si una resolucion de la corte no hubiese venido á terminarla, hácia el mes de noviembre del año que acabamos de citar. Llegaron á la provincia dos cédulas reales, una en que Carlos II manifestaba su agrado á D. Martin de Urzúa por los servicios que habia prestado á la corona en su expedicion al Peten; y otra en que se ordenaba á D. Roque de Soberanis que le diese todos los auxilios que solicitase (2).

(2) EL REY. D. Roque de Soberanis y Centeno, Caballero del orden de Santiago, Gobernador y Capitan general de las provincias de Yucatan: En mi Consejo de las Indias se ha entendido lo que el zelo y vigilancia del sargento

Como ámbas resoluciones manifestaban bien claramente que la intencion de la corte era que Urzúa diese cima á la empresa, su antagonista no se atrevió ya á ponerle obstáculos, y por el contrario, ordenó al sargento mayor de Campeche que se acercase á él y le pidiese una noticia de todos los socorros que necesitaba, con el objeto de facilitárselos al instante. Todavía hubo algunas diferencias entre ámbos rivales sobre la calidad de estos socorros y sobre la vigilancia que el gobernador pretendió ejercer en ciertos actos del jefe de la expedicion. Pero al fin hubieron de allanarse todos, y ya no se pensó mas que en emprender cuanto ántes la sujecion de aquellos itzáes, que habian resistido por cerca de dos siglos al poder de las armas españolas.

D. Martin de Urzúa confió el mando de la infantería á D. Pedro de Zubiaur, el cual salió de Campeche en los primeros dias del año de 1697, con ciento cincuenta hombres de armas y otros tantos peones y carpinteros de ribera para los trabajos que debia emprender. Llevaba orden de avanzar sin detenerse hasta el fin del camino abierto, que solo distaba dos leguas de la laguna de Itzá, en cuyo punto debia formar su real, con todas las precauciones necesarias, para no ser víctima de una sorpresa. Allí debia permanecer hasta que lle-

mayor D. Martin de Urzúa han adelantado el descubrimiento y reduccion de indios de esas provincias á las de Guatemala, con esperanza de lograr feliz éxito en esta empresa, continuando en ella, luego que lo permitiese el tiempo. Y siendo de tan estimables consecuencias, al servicio de Dios, y mio, ha parecido ordenaros, no embarazeis, con ningun pretexto los disignios que se encaminaren á este intento sino que los fomenteis, y faciliteis cuanto sea possible, auxiliando, y alentando al Sargento Mayor D. Martin de Urzúa y á los demas que considerareis á propósito para que le ayuden: Porque si por omission ú otro motivo alguno, se llegase á faltar al cumplimiento de esta orden, seria de mi desagrado, y la demostracion muy correspondiente en todo al desservicio, que en ello se me hiziere. De que estareis advertido, para obrar en la materia conforme debo esperar de vuestra zelosa aplicacion. Y de lo que se executare me dareis quenta. Del Buen Retiro á veinte y nueve de Mayo de mil seiscientos y noventa y seis. Yo EL REY.



gase el resto de la expedición, y emplear su tiempo en cortar y preparar la madera necesaria para la construcción de una galeota de treinta codos de quilla y una piragua menor.

El capitán Zubiaur cumplió al pie de la letra estas instrucciones (3), y cuando D. Martín de Urzúa que salió de Campeche el 24 de enero, llegó á reunírsele, estaban ya hechos todos los preparativos para emprender la marcha á la laguna. El jefe de la expedición no quiso perder el tiempo, y al día siguiente de su llegada, que fué el 28 de Febrero, dió las órdenes necesarias para que se abriesen las dos leguas de camino que faltaban. Destacó cuarenta hombres para que sirviesen de escolta á los trabajadores, á causa de que los itzaes estaban alterados desde que habían sentido cortar madera á la gente de Zubiaur. No fué inútil la precaución, porque el tránsito estaba lleno de emboscadas, y el destacamento habría sido alguna vez víctima de ellas, á no haber sido socorrido oportunamente por el grueso de las tropas, que marchaba por el camino, á medida que se iba abriendo.

Terminado al fin éste, y vencidos todos los obstáculos, D. Martín de Urzúa llegó con toda su gente y bagages á la orilla de la laguna, donde determinó acampar para armar sus naves y botarlas al agua. Desde el primer día la superficie de la laguna se vió bordada de un número infinito de canoas, ocupadas todas por guerreros itzalanos. No hicieron por entonces ninguna demostración hostil y se limitaron á hacer gala de la habilidad que tenían en el arte de navegar, ya ejecutando maniobras difíciles, ya huyendo ó aproximándose rápidamente á la orilla. Pero al otro día y en los siguientes observaron una

(3) Recordará el lector que García de Paredes el año anterior había dejado cuarenta hombres en un reducto, construido á diez y seis leguas de la laguna de Itzá. El viaje de Zubiaur por el mismo camino en que estaba situado sería una oportunidad para dar razón de la suerte que corrió; pero Villagutierre no vuelve á hacer mención de aquellos valientes en todo el discurso de su libro.

conducta muy distinta. Comenzaron por desembarcar é introducirse al campamento de Urzúa, donde este jefe los recibía con agrado y les regalaba hachas y machetes para su uso y cintas ó abalorios para sus mujeres. A pesar de este agasajo, bien pronto se conoció que los itzáes no tenían otro objeto que provocar á los expedicionarios, pues varias veces se les vió bajarse de sus canoas, disparar algunas flechas sobre el campamento y huir en seguida, arrojándose al agua. También solían presentarse algunos escuadrones de gente armada, que se desprendían de los bosques vecinos, mientras otra multitud de guerreros descendía de la laguna, y unos y otros hacían gestos de amenaza, disparaban sus flechas y poblaban el aire con sus gritos y su música salvaje. Pero Urzúa fingía no comprender el objeto de estas demostraciones y seguía dando la última mano á sus bergantines.

Entre las personas que visitaban el campamento español, que era accesible para todo el mundo, se presentó un día aquel sobrino de Canek, que había ido de embajador á Mérida, y al cual se le dió en el bautismo el nombre de D. Martín Can. Holgóse mucho de verle el jefe de la expedición, y habiéndole manifestado éste que el príncipe itzalano había faltado á su palabra haciendo batir á los españoles que habían ido el año pasado á tomar posesión del Itzá, el antiguo embajador le excusó diciendo que habían ocurrido en la isla grandes alborotos y que su tío solo había podido calmarlos, prometiendo á sus súbditos desistir del vasallaje que había jurado. Que no obstante esto, se hallaba todavía en disposición de entregar el Petén á D. Martín de Urzúa y de escuchar la predicación del cristianismo para bautizarse. Los mismos informes dió en sustancia el cacique Chamax Sulú, de quien hablamos en el capítulo anterior, y que también vino al campamento á uncir sus pequeños dominios al carro de la triunfante España.



Pero lo que pareció dar mayor colorido de verdad á estas dos declaraciones fué la visita de un personaje llamado Kin Canek (4), el cual representaba en el Petén el papel de pontífice ó sumo sacerdote. Urzúa salió á recibirle hasta el desembarcadero acompañado de sus principales capitanes, y le condujo á su tienda con todo el miramiento debido á su elevado carácter. Allí manifestó que era primo hermano del príncipe de Itzá y que el único objeto de su visita era manifestar su agradecimiento al jefe de la expedición por el agasajo con que recibía á sus compatriotas en el campamento. D. Martín de Urzúa fingió creerle y dijo que por su parte solo intentaba continuar la apertura del camino hasta Guatemala y exigir de paso el cumplimiento de la promesa que Canek le había hecho por conducto de sus embajadores. Añadió que esperaba que no se le pusiesen obstáculos para cumplir con su misión, porque de lo contrario estaba dispuesto á declarar la guerra, y concluyó por manifestar que deseaba conferenciar con aquel príncipe, para lo cual le invitaba á comer en su tienda dentro de dos días. Kin Canek prometió repetir á su primo todo lo que acababa de oír, y se retiró muy satisfecho de la acogida que se le había dispensado.

Bien comprendía D. Martín de Urzúa que había poca franqueza en la conducta de Canek, y que cierto ó nó el alboroto que había causado entre sus vasallos el reconocimiento del dominio español, era evidente que el cacique estaba buscando algun pretexto para eludir el cumplimiento de su oferta. Probablemente no tenían otro objeto las provocaciones que diariamente recibía su pequeño ejército, y especialmente una, bastante singular, que tuvo lugar al día siguiente de la visita del sumo sacerdote. Presentáronse en la superficie de la laguna varias canoas, ocupadas únicamente por mujeres indias, todas

(4) Villagutierre le llama Quincanek.

jóvenes, frescas y provocativas. Desembarcaron frente al campamento, se introdujeron en él y se mezclaron entre los soldados, con el pretexto de pedir cintas, abalorios y zarcillos. Fácilmente se adivinaba que ceder á la tentación de estas sirenas era dar motivo para que se quejasen del insulto y atraer sobre el real los escuadrones de guerreros, que segun costumbre, debían estar emboscados en la selva vecina y entre los manglares de la laguna. Urzúa evitó el peligro, haciendo que las mujeres que tenía á su servicio, proveyesen á las itzalanas de las baratijas que pedían, y la castidad del ejército salió vencedora de esta durísima prueba, con no poca satisfacción de su jefe, que no quería dar motivo á que se rompiesen las hostilidades.

Al día siguiente de este suceso, el campamento se preparó para recibir á Canek; pero no habiéndose dignado éste acceder á la invitación de Urzúa, el jefe español determinó pasar á verle á su residencia. Era ya fácil realizar el intento, porque la galeota y la canoa pronto quedaron aparejadas para surcar la laguna. Pero un día ántes de emprender su viaje, D. Martín convocó una junta de guerra, á que asistieron sus principales capitanes, para acordar la conducta que debía observarse con el enemigo. Allí tomó la palabra para manifestar que en su concepto, el rey de España tenía un derecho incontestable al Itzá, puesto que Canek, que era su señor natural, le había jurado vasallaje: que á pesar de este juramento era evidente que sus vasallos intentaban oponerse á la toma de posesión pacífica, puesto que diariamente inventaban provocaciones para encender la guerra; y que si él las había tolerado hasta allí, quizá con mengua de la reputación española, era porque las instrucciones que tenía de la corte le recomendaban que evitase en lo posible la efusión de sangre. Pero que como quizá llegaría un momento, en que toda su prudencia no bastaría para impedir que se apelase á las armas, deseaba oír la



opinión de los que iban á compartir con él la responsabilidad y los peligros de aquella empresa. Todos los miembros de la reunion, desde García de Paredes hasta el último oficial subalterno, opinaron que era ya necesario aceptar la guerra á que se les provocaba constantemente, porque los indios podían atribuir á debilidad la conducta que se habia observado hasta entónces. Adujeron otras muchas razones para fundar su opinion; pero ninguna fué bastante para convencer á Urzúa, el cual disolvió la reunion diciendo que él todavía pondría en juego todos los medios posibles para evitar la guerra. En seguida hizo publicar un bando, en que disponia que ningun jefe, oficial, ni soldado se atreviese á disparar una arma sobre los itzalanos, y que en caso de que éstos cometiesen algun desman, que pudiera parecer punible, se diera cuenta al jefe de la expedicion para que determinara lo más conveniente.

Llegó por fin el dia 13 de marzo, en que debia decidirse para siempre de la suerte de los itzáes. Antes de amanecer se confesaron y comulgaron todos los soldados, segun la costumbre establecida en aquella época devota; y terminado este preliminar indispensable, D. Martin de Urzúa dividió su fuerza en dos secciones: una de ciento veinte y ocho hombres de armas, que se quedó en el campamento, con algunas piezas de artillería y todo el bagaje del ejército, al mando del teniente Juan Francisco Cortés; y otra que se componia de ciento diez soldados, cuyo mando tomó el mismo jefe de la expedicion y con la cual se dirigió al embarcadero. Metiéronse todos en la galeota que acababa de ser bendecida por el vicario D. Juan Pacheco; y en los momentos en que el sol asomaba su disco de fuego sobre el horizonte, la nave se deslizaba rápidamente sobre la superficie de la laguna, entre las oraciones de los que se quedaban y las aclamaciones de los que partían.

La isla principal del Itzá distaba apénas dos leguas de la orilla, de donde se habian desprendido los viajeros. Habríase

vencido la mitad de esta distancia, cuando se vió una canoa india, que se dirigia rápidamente á la residencia de Canek, á dar sin duda noticia de la aproximacion del enemigo. Algunos instantes despues aparecieron otras muchas canoas, divididas en dos alas, por entre las cuales debia pasar toda embarcacion que se dirigiese al Petén. Hallábanse henchidos todas de guerreros itzalanos, los cuales armaron una grito espantosa, luego que se acercó la galeota. Pero la nave española no se intimidó al parecer ante esta demostracion hostil y siguió tranquilamente su viaje, pasando entre aquellas dos alas formidables, con que se habia creído aterrarlos.

Pronto comenzó á descubrirse la isla mayor del Itzá, y como la atmósfera estaba limpia y trasparente, los ojos de los viajeros pudieron examinarla con todos sus detalles. Llamaban la atencion en primer lugar los altos templos, que en gran número se destacaban de la superficie, y algunas casas de notables dimensiones con sus paredes blanqueadas con cal y sus elevados techos de paja. Fijando en seguida mejor la vista, se notaba que se habian levantado fortificaciones, así á la orilla de la laguna, como en varias partes culminantes de la isla, y especialmente en la cima de los adoratorios. Finalmente, haciendo con mayor escrupulosidad el exámen, se veian asomar de cuando en cuando algunas cabezas humanas detrás de cada una de estas fortificaciones, lo cual inducia á creer que todas estaban guardadas por un considerable número de guerreros.

No parecia menor el peligro que amenazaba por agua á la fuerza expedicionaria. De cada una de las cinco islas que bordaban la laguna, y aún de la tierra firme, se desprendian á cada instante canoas de guerreros, que venian á incorporarse con las que estaban formadas en alas. Estas, luego que pasó la galeota se formaron en semicírculo al rededor de ella, y no tardaron en dejarla encerrada entre la isla y la retaguardia que le formaban. Todos estos movimientos iban acompañados del



estruendo infernal que los itzáes hacían con sus alaridos y sus instrumentos de música, y luego que estuvieron á tiro de la nave española, hicieron llover sobre ella una gran cantidad de flechas, que oscureció por un instante la atmósfera. Los soldados quisieron apelar inmediatamente á las armas; pero Urzúa tuvo la energía suficiente para impedirselos, y haciendo que se levantaran los remos para que parase la nave, se dirigió á los de las canoas y les intimó en nombre del rey de España que suspendieran sus hostilidades, puesto que iba al Petén, llevando en la mano la oliva de la paz. Los indios no dieron señales de haber creído mucho en esta protesta, porque respondieron á ella con gritos de burla y continuaron disparando sus armas. Como la misma operacion ejecutaban simultáneamente los defensores de la isla, que estaba ya muy próxima, los soldados de Urzúa comenzaban á impacientarse y á dar señales de insubordinacion.

Por fin, un soldado, llamado Bartolomé Duran, á quien escosia demasiado una herida que habia recibido en el brazo, se echó al hombro una arma de fuego y la disparó sobre la chusma de las canoas. Su ejemplo fué imitado al instante por todos sus camaradas, y cien tiros de arcabuz, entre los cuales se mezclaban algunos disparos de artillería, vinieron á aumentar el estruendo que reinaba en la laguna. Fué ya imposible evitar el combate, y los soldados de Urzúa, excitados con esta primera demostracion, se arrojaron al agua, que les daba todavía hasta la rodilla, y se dirigieron rápidamente hácia la isla, haciendo fuego sobre sus defensores. El jefe de la expedicion se vió obligado á seguirlos, para dirigir el asalto, ya que parecia hacerse necesario, y dejó al cuidado de la galeota, veinte hombres, que tenia designados de antemano para este objeto en cualquier evento.

Los defensores de la isla continuaban disparando sus flechas sobre los asaltantes; pero luego que éstos pusieron el pié

en tierra, aquellos desampararon las fortificaciones que tenían en la llanura, y se refugiaron en las cumbres de los adoratorios. Pero los agresores, á quienes sus armas de fuego daban una inmensa superioridad sobre el enemigo, no tardaron tambien en escalar los templos y en lanzarle de este último asilo. Entónces tuvo lugar una escena espantosa. Hombres, mujeres y niños; príncipes, sacerdotes y vasallos; todos los habitantes de la isla, en fin, corrieron desatentados á la playa y se arrojaron á la laguna, sin calcular si tendrían las fuerzas suficientes para ganar la orilla opuesta.

Luego que hubo terminado el combate, D. Martin Urzúa, seguido de sus principales capitanes y del vicario D. Juan Pacheco, subió al lugar mas alto de la isla, y clavando allí dos estandartes, en que estaban grabadas las armas reales con las imágenes de Jesus y de María, tomó posesion del Itzá en nombre de Carlos II, rey de las Españas. Todos los vencedores poblaron entónces el aire con aclamaciones de triunfo, y terminó el acto, dándose recíprocamente la enhorabuena jefes, oficiales y soldados, por el éxito completo de aquella jornada. En seguida se pusieron á recorrer la isla con el objeto de reconocerla. Llamó desde luego su atencion la gran cantidad de ídolos que habia en cada templo y en cada casa; y como el fin ostensible de la expedicion habia sido la introduccion del cristianismo en el Petén, D. Martin de Urzúa se creyó obligado á tratar á los dioses con mas severidad aun que á sus adeptos. Dividió su fuerza en varias secciones, y habiéndolas distribuido por toda la poblacion, les ordenó que quebrantasen todas aquellas imágenes del demonio, sin dejar entera una sola. Esta faccion duró hasta las tres y media de la tarde, y entónces el ejército pudo tomar el rancho que habia traído consigo, y entregarse al reposo.

La superficie de la laguna presentaba entretanto un espectáculo desgarrador. Veíase poblada toda de millares de cabe-



zas humanas, que ora avanzaban fatigosamente hácia la tierra firme, ora se sumergian para no volver á aparecer jamás. Los guerreros que ocupaban las canoas, tambien se habian arrojado al agua, para escapar mejor del fuego que les hacia la galeota y especialmente con el objeto de ganár al nado la playa, porque aquellas embarcaciones se embarazaban mútuamente con su gran número y era ya imposible hacerlas navegar. La galeota apresó cuantas quiso, y cuando ya no tuvo enemigos que combatir, se aproximó al remo al desembarcadero de la isla. Los soldados que la ocupaban saltaron entónces á tierra y fueron á confundir sus plácemes y felicitaciones con sus compañeros de aventura. En aquel momento el sol comenzaba á ocultarse en el horizonte, y ningun itzalano pudo contemplar este cuadro desde el lugar de su nacimiento, porque ya no se veía uno solo ni en la isla ni en la laguna.

Al dia siguiente D. Martin de Urzúa comenzó á tomar algunas disposiciones para hacer volver al Peten á sus antiguos habitantes. Pero solo al cabo de una semana se logró que se presentasen algunos, á los cuales se halagó y puso en posesion de sus casas á fin de atraer á los demás. Esta medida produjo todo el efecto que se esperaba, pues los indios fueron perdiendo poco á poco el temor que les inspiraba el hombre blanco, y cuando el mes de marzo terminó, ya todos los itzáes habian vuelto á sus hogares. Deben ser exceptuados de este número el rey Canek y su primo, el sumo sacerdote, de cuyo paradero nadie pudo dar razon por entónces. Pero habiéndose presentado Chamax Sulú á ratificar el vasallaje que tenia ya jurado al rey de España, prometió al general español buscar á los fugitivos y traerlos á su presencia. Cumplió religiosamente su oferta, porque pocos dias despues de haberla hecho, los dos príncipes arribaban al Peten, seguidos de sus respectivas familias. D. Martin Urzúa los recibió con agrado, los sentó á su mesa y les permitió volver á su casa, con la condicion de que

habian de instruirse en el cristianismo y bautizarse. Con esta presentacion y con haberse sometido espontáneamente las demas islas que contiene el lago de Itzá, quedó terminada del todo la empresa que D. Martin de Urzúa y Arismendi se habia echado sobre los hombros.

Quizá la historia de esta expedicion, no pertenezca en rigor á la historia de Yucatan. Pero no hemos querido omitir en nuestras páginas sus principales detalles, así por haber sido llevada al cabo con elementos puramente yucatecos, como por tratarse en ella de la conquista de un pueblo, que tuvo su cuna en la península, y que tan notables recuerdos ha dejado en su suelo.